

SIGAMOS HABLANDO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL*

Salomón Kalmanovitz**

Partimos de la aseveración de Melo y Ramírez Tobón (1) de que la Universidad Nacional está en transición: se mueve de ser una institución centrada en trasmitir las profesiones a otra organizada a partir del desarrollo del conocimiento y de los posgrados. Quiero insistir, sin embargo, en las dificultades que lega el modelo anterior de la universidad, la burocratización de parte de su profesorado y el endogenismo con que se ha reproducido; este último ha contribuido a reafirmar ciertas taras pedagógicas y a aislar a la universidad de su entorno nacional e internacional.

EL PROFESIONALISMO Y LA MEDIOCRIDAD

Una autojustificación oída frecuentemente en el claustro es la de que la universidad se corresponde con el país. Como la industria es

dependiente y no crea tecnología, el gobierno no interviene en el desarrollo de las fuerzas productivas, y su burocracia es enganchada con base en clientelas o por mandato patrimonial expreso (lo que explicaría el éxito de los egresados de algunas universidades confesionales), las exigencias son las de unos profesionales mediocres y sometidos a las estructuras del poder y eso es justamente lo que hace el sistema universitario, incluida la Nacional.

Afortunadamente la universidad, y en particular la Nacional, no es ningún calco social y más bien tiende a anticipar y a proyectar los cambios que se gestan en la sociedad. La relativa autonomía de que disfruta, el hecho de que converjan en ella intelectuales y productores de cultura, de que profesionales creativos tengan oportunidad de experimentar y comunicar sus hallazgos, permite y debe impulsar que ella se aparte y siente pautas para un desarrollo más amplio de la cultura, la técnica y las profesiones. Es evidente que la universidad basada en la transmisión de las profesiones, y cuyo currículo es resultado de un mercado imaginado por profesores que no participan en él, está condenada a quedarse rezagada frente a los cambios técnicos y las necesidades de ese mercado.

No es cierto tampoco que el mercado sea de mediocres: las exigencias sociales se han he-

* Muchas de las ideas aquí expuestas surgieron dentro de una Comisión sobre la dinámica interna de la Universidad, organizada por la vicerrectoría académica de la Universidad Nacional para hacer propuestas a la comunidad universitaria. Sin embargo, yo me hago responsable por lo aquí escrito.

** Profesor titular de la Universidad Nacional de Colombia.

1. Jorge Orlando Melo, William Ramírez Tobón, "Hablemos de la Universidad Nacional", *Análisis Político*, No. 5, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1988.

cho cada vez más cualificadas, en la medida en que la división del trabajo nacional se hace más compleja, lo que sucede con el simple fenómeno de la acelerada urbanización que hemos vivido en los últimos 40 años, el crecimiento del Estado con sus instrumentos de planificación a todos los niveles, la diversificación industrial, el surgimiento de un fuerte sector financiero y de una multitud de nuevos servicios, en particular con el surgimiento de la industria editorial y los medios de comunicación de masas.

En cada una de esas áreas tiene hoy más validez que hace unos lustros el concurso de méritos, aunque es bien cierto que el acceso a las altas posiciones gubernamentales sigue siendo patrimonial y que, para estos cargos, fuera de la capacidad técnica del egresado, se requiere ser también de "buena familia" (caso de las universidades privadas de buena calidad). Si bien el tope de las jerarquías burocráticas permanece inaccesible para los egresados de la Nacional, se han conformado entes especializados y bastante profesionales, tanto en la burocracia pública como en la correspondiente a las grandes sociedades anónimas y los bancos, donde juegan las capacidades analíticas y de expresión de los aspirantes. En la medida en que los egresados de la Universidad Nacional vienen apropiándose de tales habilidades básicas, han mejorado sus posibilidades laborales, en particular porque el sistema privado y en especial el nocturno está muy lejos de desarrollarlas.

En verdad, la Universidad Nacional es lo más próximo a una universidad que existe en el país —como bien lo señalan Melo y Ramírez Tobón— pues es el único lugar que cuenta con profesores de tiempo completo, la mayor parte de los cuales tiene detrás estudios de posgrado, y sobre todo con un buen número de investigadores que publican sus hallazgos en todos los campos, desde la física, la química y las matemáticas, pasando por la biología y la genética, hasta las artes, la literatura y las ciencias sociales. El problema que plantea la transición aludida es que estos sectores de la universidad establezcan una hegemonía, que no han logrado afirmar por completo hasta el momento, frente a la administración y a sectores que se contentan con trasmitir las profesiones.

LA AUTONOMIA ACADEMICA

Hemos hablado de una distancia necesaria entre universidad y sociedad. La institución, preocupada por adecuarse a las necesidades de un mercado imaginado, ha perdido la capacidad de formar profesionales creativos, dotados de las habilidades de aprender rápidamente las tareas específicas que le pueden corresponder en la división del trabajo dentro de su profesión. Allí valen más las habilidades de lectura compleja, escritura, globalización y anticipación de consecuencias que las innumerables y sencillas técnicas que se despliegan en el trabajo. Si el currículo pretende cubrir todas las funciones descompuestas de cada profesión se dispersará irremediablemente y no formará a un individuo inteligente, con grandes capacidades de aprendizaje y adecuación a cualquier medio, sino a un ser inseguro que cree que el trabajo es una aplicación de lo que memorizó en la universidad. Por ello sorprende que buena parte de los currículos existentes en la universidad se encuentren todavía sobrecargados de materias, 8 y 9 por semestre, que intentan replicar la imaginaria lista de tareas que van a encontrar los egresados en el taller o en la oficina. De esta manera, no es posible desarrollar a fondo los procesos de lectura intensiva y de escritura, ni presentar los enfoques divergentes que exige una buena comprensión de una temática técnica o científica, ni desarrollar las habilidades lógicas, de análisis y síntesis que serán el mejor patrimonio de los mismos egresados.

Tal concepción, que es estrechamente funcionalista, contribuye a atomizar el conocimiento, no presta las herramientas necesarias para apropiarlo y deja sin sentido y sin meta la orientación pedagógica. A partir de ella, pueden parecer permisibles tasas de deserción del 70% y más que obedecen a metas bien difíciles y que aun en el caso del 30% que se gradúan no ha formado un buen profesional (gran lector, buen escritor, con capacidades analíticas, capaz de aplicar el diseño, de formalizar matemáticamente, etc.). Se puede creer así que se está muy cerca del mercado y sin embargo se está más lejos de él que nunca y, en el proceso, se ha malformado a los egresados, eliminando a la absoluta mayoría de aspirantes.

La universidad centrada en el desarrollo del conocimiento tiene que asumir una mayor distancia entre ella y el mercado, entre ella y la sociedad. Si esto es así, los investigadores de cada área se van convirtiendo en los guías de la profesión en varios sentidos: van proveyendo, a través de sus publicaciones, nuevas herramientas de análisis para aplicarlas en multitud de campos profesionales y jerarquizando los problemas que enfrenta la profesión, mientras que sus incursiones teóricas y aplicadas van revelando cuál es el mejor currículo dentro de la universidad para desarrollar las habilidades de los estudiantes (2).

Existe una falsa dicotomía en un amplio sector del profesorado y de la administración de la universidad que concibe la profesión radicalmente separada de la investigación. Según ellos, el pregrado debe ser profesionalista y el posgrado investigativo. Lo cierto es que las habilidades del investigador se desarrollan en un proceso largo que no sólo incluye el pregrado sino también los antecedentes hasta familiares del estudiante. Si en el pregrado no se desarrollan las habilidades de lectura compleja y escritura o la del dominio de un segundo idioma, ¿cómo va a ser posible desarrollarlos en un magíster de dos años? O ¿por qué no se concibe como indispensable que todo profesional tenga ciertas capacidades investigativas que precisamente van a garantizar su mejor desempeño en el mercado de trabajo? Y ¿qué sucede cuando en la práctica una de las tareas importantes del posgrado resulta ser remediar los malos pregrados?

LOS POSGRADOS DE NUEVO

Problemas como los anteriores simplemente se evaden, no se admiten. Se insiste en que el posgrado no "puede" ser remedial pero no se valora que es una función progresiva y que no impide que algunos de los que "lavan" sus títulos se inicien en ciertos campos de la investigación. Al revés, se insiste en que el posgrado debe ser investigativo, pero tales programas no se inician al lado de institutos de investiga-

ción con grandes proyectos de largo plazo en curso; cuando se toma conciencia de que los aspirantes al título superior no alcanzan en su mayoría a elaborar sus tesis de magíster, hay lamentos y rasgar de vestiduras. Muchos de los posgrados se inician entonces con muy pocos estudiantes, no se abren las inscripciones de nuevo hasta que éstos se hayan graduado (todavía menos lo logran) y no se miden los costos en que se está incurriendo ni las posibilidades de ampliar mucho más la influencia de este tipo de formaciones.

Podría argumentarse incluso que un mayor número de ingresos permitiría una selección más adecuada de aquellos que tienen vocación y capacidad para elaborar las tesis. Al resto, si completan sus asignaturas, se les puede otorgar un título de especialistas. Tendríamos así una pirámide con una base ancha de especializaciones, cuyos mejores estudiantes conformarían la sección media de las maestrías y de nuevo un proceso de selección que conformaría un grupo más pequeño de aspirantes a doctorados.

La conclusión es que los currículos deben ser orientados, tanto en el pregrado como en el posgrado, por los investigadores asociados con las profesiones en cuestión y que las habilidades exigidas para apropiar y aplicar el conocimiento deben ser desarrolladas sistemáticamente desde el mismo inicio de las carreras. Asimismo que los posgrados no se alimentan solamente de docencia; más vale fundar primero los institutos de investigación que garanticen pasantías y apoyos efectivos para los estudiantes, incluyendo a los de pregrado que pretendan hacer buenas monografías, y después organizar los estudios de posgrado. Una vez que los centros de investigación estén en marcha, se facilita considerablemente saltar a organizar el nivel de doctorado.

La universidad comienza a presenciar un debate ineficaz sobre los presuntos malos efectos que van a tener los posgrados sobre los estudios profesionales con el argumento de que les sustraerá recursos y conducirán a un atrofamiento de los segundos. Lo que debe suceder es lo contrario, para lo cual deben engranarse los posgrados a los pregrados en diversas formas: dar acceso al título profesional a los mejo-

2. Antanas Mockus, "La misión de la universidad", *Planteamientos y reflexiones alrededor del currículo en la educación superior*, Icfes, Bogotá, 1987.

res estudiantes de último año del pregrado, de tomar un semestre de cursos en el posgrado que reemplace a la monografía de grado, y procurar que prosigan sus estudios en el posgrado (la experiencia de economía en este sentido es aleccionadora porque los estudiantes que venían del pregrado se dedican de tiempo completo al posgrado y con ellos se ha podido jalonar el nivel académico de los de medio tiempo); mantener la rotación de los profesores entre los dos niveles para que lleven e introduzcan temas de frontera en el nivel inferior; facilitar el acceso de profesores de la universidad sin títulos superiores a tales programas, en particular a los que se desempeñan en áreas asociadas y aun lejanas, para facilitar el desarrollo de la multidisciplinariedad y disseminar los métodos pedagógicos de lectura intensiva, escritura y formalización compleja dentro de los estudios profesionales; fomentar en especial la formación de los profesores de las universidades de provincia, etc. Los posgrados y sobre todo la investigación, en fin de cuentas, propiciarán un gran salto hacia adelante de toda la universidad y conducirán necesariamente a formar mejores profesionales, no sólo en la Universidad Nacional sino también en todo el sistema educativo del país.

EL PREDOMINIO DE LO ACADEMICO

Como ciertas habilidades básicas son compartidas por todas las profesiones —hablo del dominio del español, de un segundo idioma, lógica matemática, historia de las ciencias, problemas de la sociedad colombiana, problemas de la modernidad, problemas de la comunicación y los signos—, es posible y necesario que el primer año de labores sea unificado según grandes áreas: 1. artes, ciencias humanas, derecho y económicas; 2. ingenierías y ciencias; y 3. biología, enfermería, medicina y odontología. Grandes cursos magistrales, bajo la conducción de un profesor titular, con conferencistas invitados y con profesores asistentes e instructores que desarrollen talleres intensivos con grupos más pequeños, servirán de escenarios-foros en los que se discutan los grandes problemas de la sociedad, la cultura y las ciencias, con ayuda del cine, del video y del teatro.

Ello permitiría crear una verdadera atmósfera intelectual y universitaria que por lo menos contribuiría a que los estudiantes evaluaran mejor sus vocaciones y aspiraciones para decidir después de ese año en qué profesión se quieren inscribir. Pero lo que es más importante es que tal atmósfera conduciría a una unión del interés y la disciplina, a una generalización del discurso racional y tolerante, a una verdadera integración multidisciplinaria y a que todos los estudiantes conciban la universidad como un ámbito para el desarrollo del conocimiento y la cultura, en donde la profesión es un importante subproducto de esa vocación.

Lo anterior choca irremediablemente con la estructura de una universidad organizada para transmitir las profesiones y para hacer exclusivamente docencia. Departamentalizada en pequeños feudos con pocos contactos con el resto de la universidad o con el exterior, guarda para cada feudo los destellos de sus mejores investigadores, detrás de multitud de prerrequisitos. A los profesores con problemas docentes en el propio departamento se les envía a dictar pésimos servicios al resto de departamentos, los que se conforman porque pretenden adecuar las ciencias auxiliares que introducen en sus currículos a sus presuntas necesidades profesionales. Tales servicios son interpretados correctamente por los estudiantes como "costuras", o sea, ciencias prostituidas, sin ningún nivel de exigencia. En el departamento mismo, profesores burocratizados y rutinizados hacen memorizar a sus estudiantes amarillas notas de clase y un viejo texto, sin recurrir a las bibliografías de libros y revistas que señalan las fronteras de su tema y sin estimular a sus estudiantes a que indaguen y escriban.

Recientemente se ha dado a conocer un escalfriante balance sobre la suerte de la Biblioteca de la Universidad Nacional, abandonada a su suerte por varios lustros. La imagen que utilizan los miembros de la comisión es que la universidad debe estar constituida por unos estudiantes que viven alrededor de una biblioteca, pero en la universidad prácticamente no hay biblioteca; se la ha dejado simplemente morir (3). Se puede preguntar: ¿por qué no ha

existido una presión interna, hasta ahora, para que se remedie esta situación? Y no es necesario volver a insistir en la trillada justificación de que lo que pasa es que no hay presupuesto, pues éste ha aumentado en términos reales y en buena forma durante el último lustro. Creo que, por lo menos en parte, la causa recae en la universidad centrada en las profesiones, en los currículos recargados de clases y transmitidos casi que verbalmente, en la evaluación centrada en el examen parcial y no en la lectura intensiva y que no presiona la búsqueda de teorías, fuentes y aplicaciones, o sea, el uso constante de la biblioteca. Si los profesores no se actualizan, ¿cómo va a estar actualizada la biblioteca? La imagen de la universidad actual, que podría ser peor, es la de unos individuos que giran alrededor de varias fotocopiadoras.

ADMINISTRACION Y BUROCRATIZACION

La universidad es parte del sistema político nacional cuyas burocracias se mueven más por las leyes derivadas de la estructura patrimonial (despótica) y clientelista (no muy racional) que por las reglas, coherentes y pragmáticas, escritas y que se ejecutan por consenso y responsabilidad individual, de los miembros de esa burocracia. La Universidad Nacional alcanza a ser un modelo intermedio entre burocracia nacional y burocracia racional, y hay que tener mucha conciencia de la necesidad de que se desarrolle a través de la segunda alternativa; se puede incluso afirmar que una condición necesaria para su desarrollo es que escape a las fuerzas inerciales que gobiernan las burocracias públicas en el país.

Lo anterior afecta a los canales de ascenso que rigen en la Universidad Nacional. Siendo la carrera docente pobre en beneficios pecuniarios y en status social, las avenidas de promoción están constituidas por la administración de la docencia cuyo pináculo puede llegar a ser la rectoría. Las exigencias para ejercer la administración no son poseer dotes organizativas sino tener cierta habilidad para mantener contacto con el poder político exterior, alimentar clientelas tácitas y mediar entre grupos en con-

flicto. Mientras más encerrado está el departamento en sí mismo, mientras más lejos está de un público ilustrado o de contratos de investigación y asesoría, más encarnizadas son sus pugnas internas. Por el contrario, aquellas dependencias de la universidad más orientadas hacia la investigación y la publicación de sus resultados, las que han constituido un público especializado o más general para sus trabajos, alcanzan una administración que impulsa su desarrollo y se pone al servicio de su investigación y docencia.

En aquellas partes de la universidad encerradas en las profesiones y donde tienen poco peso la investigación y la publicación de sus resultados, la reanudación de contratos, las promociones académicas, los puntajes percibidos por publicaciones, frecuentemente de no muy buena calidad, dependen de relaciones amistosas, camaradería y contraprestaciones. En esas partes de la universidad, existen profesores con publicaciones de excelente calidad que evaden ser juzgados por colegas sin calificación y se mantienen sin promocionarse. Afortunadamente, y esto se debe a que la Universidad Nacional siempre ha sido dinamizada por el intelecto, es frecuente que en muchas de las dependencias de ella sean nombradas personas meritorias académicamente para ocupar posiciones administrativas, desde las cuales impulsan concepciones más liberales y ecuánimes para orientar la marcha de la universidad.

En las grandes universidades del mundo el lema que orienta toda la carrera académica es "investigue, publique o muera". En la Universidad Nacional hasta hace 4 ó 5 años, el lema bien podría haber sido "publique y muera", pero los cambios del estatuto que adjudican puntos para las publicaciones y trabajos elaborados son un elemento diferenciador de salarios muy positivo que, de todas maneras, como insinuaba arriba, puede ser interpretado por la administración con criterios bastante laxos y discriminatorios. Además ha sido frecuente el enfrentamiento entre investigador y administración. Si se cuenta ahora con incentivos positivos para el avance de las investigaciones y publicaciones, faltan todavía los incentivos punitivos.

Los sueldos de la universidad son malos, "sueldos de misioneros" los llama Clara Gómez, y obligan a la piratería, como bien lo observan Melo y Ramírez Tobón, pero algo que es verdaderamente incomprendible es que de la administración y grupos de profesores surjan limitaciones para los complementos que se puedan ganar los profesores por investigaciones y asesorías. En vez de establecer un salario mínimo, ellos imponen un "salario máximo", lo cual impide que muchos investigadores puedan hacer una piratería interna, que así dejaría de serlo, y permitiría una integración de sus labores dentro de la universidad y además con unos ingresos justos. No sólo eso, sino que el investigador podría traer financiamiento externo de largo plazo para sus propios proyectos de corte bien académico, sin tener que depender de la oferta gubernamental que es por contratos de muy corto plazo, bajo precio y que usualmente no generan un subproducto académico apreciable.

Pero atraer investigadores que han hecho carrera fuera de la universidad es otro problema mayor que riñe absolutamente con un estatuto docente que define a la Nacional como provincia independiente y donde el profesor titular sólo se hace aquí y en ninguna otra parte. Lo anterior es expresión de nuevo de la universidad para la profesión y la docencia y no para desarrollar el conocimiento, en la que impera el mezquino principio de la antigüedad y no el del mérito. Se niega, además, el principio de la universalidad de la ciencia, el *universitas*, o sea que mientras rija ese estatuto no llamemos a la Nacional universidad porque en su esencia no lo es. ¿Cómo pretender que la universidad sea la congregación de las mejores mentes del país, para no hablar de las del mundo, si cada investigador debe cumplir con una antigüedad intraducible en otra institución y debe pagar una penitencia para vincularse que nada tiene que ver con su obra y su trayectoria?

Otra causa del provincialismo es el endogenismo que mencionaba al comienzo de este artículo. Si no se es egresado de la Universidad Nacional es difícil vincularse a ella y quien lo logra sigue siendo discriminado. Pareciera que la Facultad es una logia que defiende aprendizajes de dolor y militancia gremial, académica y política, como sello de identidad. Si eso es

así, tampoco debiéramos llamar a nuestra universidad Nacional porque no es accesible a todos los ciudadanos que han hecho méritos académicos e investigativos sino sólo a aquellos que han pasado primero que todo por sus aulas y después por su tortuosa carrera docente. Y con el endogenismo sucede lo mismo que pasa con las familias que se casan entre ellas mismas, que van reafirmando taras genéticas y se cierran frente a la diversidad y la universalidad. Quizás el nombre que le corresponde a la Universidad Nacional, mientras sale de la transición en que se encuentra, deba ser el de Instituto Superior de la Parroquia de Santa Fe de Bogotá.

Cuando algún profesional sabe que uno es profesor de la universidad le hace la peculiar observación de que "está prestando un servicio", sabiendo de los bajos sueldos y riesgos que devengamos y enfrentamos. Creo que debemos liquidar esa mentalidad y afirmar nuestra profesión de académicos como una de las que se ejerce con mayor libertad y creatividad, sobre una base de independencia impensable en cualquier otra región social, y que asimismo debe devengar salarios de los más altos de la nación, puesto que tiene una productividad social muy alta que frecuentemente se traduce también en una ganancia de productividad medida por el mercado o por la demanda efectiva.

¿Qué precio puede tener la vacuna contra la malaria del doctor Patarroyo?, o ¿qué beneficios pueden derivarse de la ingeniería genética que hace el profesor Yunis?, o ¿qué aplicaciones se encontrarán para los experimentos en superconductividad que adelantan los físicos de la universidad? O ¿qué valor tienen el estudio sobre la violencia o el que se elaboró sobre La Macarena, o aquel que traspresentó las relaciones entre gobierno y Federación de Cafeteros? Todo ello es incommensurable y al mismo tiempo incompatible con los salarios que paga la Nacional.

La universidad para el conocimiento se perfila hacia el futuro como una en la que los profesores que investigan, publican y asesoran, y obtienen ingresos bastante altos mientras el resto sobreagua en la insuficiencia, a pesar de los esfuerzos de estos últimos para que todos

duerman en el suelo. Pero es posible también que en la medida en que la universidad demuestre sus potencialidades como fuente de enriquecimiento no estrictamente pecuniario, también, obtendrá por derecho propio mayores presupuestos y se ganará su dignidad salarial.

UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD

Las relaciones entre universidad y sociedad no dejan de ser ambiguas. Algunos docentes e investigadores utilizan la universidad y su carrera administrativa para dar saltos bastante altos hacia la burocracia pública, la del sector privado o la de instituciones internacionales, pero la universidad no los penaliza por haber perdido su postura académica, de objetividad e independencia.

Así como no existe en la sociedad colombiana ningún equilibrio entre los poderes ejecutivo, legislativo, judicial y el cuarto poder o sea el periodismo, pues el primero subordina al resto y traspasa personal sin contemplación alguna de autonomía o función legisladora, judicial, informativa o fiscalizadora, así también la universidad está al servicio del gobierno y su personal entra en él con licencias sin término que comprimen los pocos puntos disponibles para contratar sus sustitutos. En vía inversa, y como rezago de la vieja universidad colombiana, magistrados o altos funcionarios dictan su clásecita en la universidad. No existe así, en la práctica corriente, el asomo de una defensa de la autonomía universitaria ni del rigor objetivo que exige la esfera académica como tal.

A diferencia de la nuestra, la universidad anglosajona obliga a renunciar al profesor que va a trabajar con el gobierno o un gremio económico, porque ha perdido su independencia de juicio frente a la sociedad. En ambos casos se pone al servicio del gobierno o de un interés particular y no al servicio de la verdad. No sucede lo mismo cuando el Estado o algún sector particular contrata una investigación con la universidad, a la cual se le busca precisamente porque se requiere credibilidad para solucionar un problema o iluminarlo desde un ángulo imparcial, y que lo trabajará con ese criterio de búsqueda de la verdad, aunque deba hacer

compromisos con ella cuando enfrenta tales intereses.

La relación más estrecha entre gobierno y universidad, en la medida en que el primero ha contratado investigaciones y asesorías, muchas de las cuales giran alrededor de intereses políticos y gremiales bastante conflictivos, va revelando las posibilidades de sobrevivencia de la universidad en una sociedad asimismo en extremo conflictiva. Se recurre a la opinión académica para que analice, desde tierra de nadie, problemas como la violencia o la colonización, o tercie entre intereses gremiales y estatales. Se descubre que, a pesar de su historia y de sus enemigos, la universidad tiene, o mejor, nunca dejó de tener una alta credibilidad, precisamente porque el sistema académico privado nunca pudo pensar la sociedad, la historia, la política, la economía y las ciencias desde una posición objetiva ni contó con las herramientas o el personal calificado para poder hacerlo.

La seudouniversidad que ha sido forjada por las libres fuerzas del mercado está a años luz de cumplir las funciones que viene asumiendo la Universidad Nacional. Si sus pregrados no alcanzan a desarrollar las habilidades de lectura simple de sus clientes, algo similar ocurre con la mayoría de los posgrados de las universidades privadas y confessionales que son también de tiempo parcial; en ellos se trasmite con borrador y tiza un conocimiento dudoso y atrasado en el mejor de los casos, sus profesores viajan en buseta o en Renault 4 de garaje en garaje disfrazados de aulas, a las que asisten estudiantes sometidos a "horarios extremos" de oficina y colegio, con pobres bibliotecas, si es que existen, y sin posibilidad de desarrollar las áreas que exigen laboratorios y equipos (4). Su efecto sobre el mercado de trabajo ha sido el de saturarlo con personal de baja calidad y producir una "inflación de títulos" (la expresión es del profesor Rubén Jaramillo), detrás de los cuales no existe mayor desarrollo cultural, profesional y mucho menos científico (5).

4. Jorge Orlando Melo, "Crecimiento y expansión de la educación superior en Colombia: una feria de ilusiones", *Lecturas de Economía*, No. 16, Universidad de Antioquia, Medellín, enero-abril de 1985.
5. Para un ejemplo de dos de las profesiones más saturadas véase Hugo López, "¿Por qué la superproducción de admi-

Frente a esta inocultable crisis del sistema privado y al protagonismo adquirido recientemente en los campos aludidos, la Universidad Nacional va reasumiendo su papel de dirigente cultural y científico del país, y de juez de instancia indefinida —recuérdese en los sesenta el papel cumplido por el libro **La violencia en Colombia**—, una especie de ombudsman, papel en el que puede y debe buscar la verdad pero que al mismo tiempo la obliga a ciertos compromisos: no puede decir toda la verdad, no puede actuar de denunciante y debe apartarse de las partes en conflicto.

En los últimos tiempos la Universidad Nacional se ha despolitizado, tanto en sus instancias profesionales como estudiantiles, lo cual crea por abajo esa actitud pasiva y desesperanzada que permite el surgimiento de grupos de acción atrevida pero sin estrategia, de grupos religiosos y de algunos anarquistas. Los pocos movimientos generales que se han logrado formar en la universidad en los últimos tres años, en difícil y desigual lucha con la anarquía y la represión externa, han vuelto a demostrar, sin embargo, que la mayoría estudiantil se orienta por metas pacifistas y de defensa de la vida. La proliferación de revistas estudiantiles, cine clubes y grupos de estudio expresa las necesidades que sienten por desarrollarse culturalmente. Una renovación académica en el sentido planteado anteriormente les facilitará a ellos tal desarrollo.

Dentro del profesorado, el sector activista de antaño se ha volcado hacia metas académicas mientras que persiste la división organizativa en el resto, ambos sectores defendiendo a su manera y en forma ineficaz estrechos intereses gremiales. Se puede concluir así que la vinculación con ciertos proyectos del gobierno, en los cuales se ha mantenido la suficiente autonomía académica, ha permitido desatar fuerzas internas de la universidad que hasta el momento estaban represadas, tanto en el frente estudiantil como en el profesional.

El efecto interno de esta posición de la universidad en la sociedad es resaltar de nuevo el

papel que tienen los académicos que saltan a la palestra pública en el sentido más amplio del término y alcanzan un alto grado de exposición, lo cual no debe impedir que los profesores de las profesiones, ciencias y técnicas, que desempeñan un papel más discreto en la sociedad, busquen sus públicos más especializados en las comunidades de profesionales, ingenieros, médicos, contadores, abogados, etc., que refuercen o funden publicaciones y procuren guiarlos hacia adelante, para imbricarse de esta manera dentro de la sociedad civil y hacer de la universidad una realidad inexpugnable y una necesidad para los sectores educados del país.

Los impactos que la universidad tenga sobre la producción, el cambio técnico, la educación y la cultura en sus varios niveles, la salud y el derecho, le garantizarán una influencia todavía mayor, pero ahora ejercida sobre toda la sociedad.